

obligatorio de abnegacion. El orden moral aparece entonces en el mundo cimentado sobre la fé, el respeto la obediencia y el espíritu del sacrificio. Tan milagrosa transformacion, es obra de la predicacion apostólica, demostrándonos claramente el cumplimiento de las palabras del profeta *Emites spiritum et crebuntur.*

Los obispos continúan la obra de los Apóstoles. Hace 18 siglos que ellos guardan el depósito sagrado del Evangelio y propagan su luz. Con la enseñanza de sus escuelas, inculcan los conocimientos preliminares; con sus discusiones en la controversia, difunden las decisiones de los concilios, combatiendo con igual éxito la ignorancia y el error; con sus asociaciones, hacen llegar á los oídos de todos los dogmas revelados, haciendo gustar á todos los corazones los misterios de la gracia, y procurando tambien hacer aceptar á todos las santas servidumbres de la virtud. Estaluz, este amor, este poder que han hecho brotar en las almas por un efecto maravilloso, no puede menos que hacerse sensible. El individuo somete entonces su vida á la ley del deber; en la familia, el padre, la madre, el hijo, aceptan igualmente el deber por regla; en la sociedad, la fortuna y el poder se reconocen deudores de todos; entre las naciones se establece una relacion habitual de estricta equidad, de caridad sin restriccion. Del seno de Dios, la vida

desciende al seno de la humanidad por los Obispos, pero por los Obispos sometidos al Soberano Pontífice, por cuyo poderoso canal pasa del corazón de Jesucristo, por los Apóstoles, aquel milagroso poder: *Emites spiritum et crebuntur.*

Siendo, pues, esta la mision del Episcopado, ¿por qué actualmente los Obispos no han podido dominar la terrible corriente de la decadencia? ¿Cómo podrán ellos ahora colocar la Iglesia á la altura que por su mision le corresponde, ¿después del descrédito en que la contempla el mundo? ¿Como salvarán al mundo? Resolver estas cuestiones, será el objeto de este discurso, el que nos lo ha sugerido, no solo nuestro amor á la Iglesia y nuestro patriotismo por la patria á que pertenecemos, sino tambien por la futura consagracion de uno de nuestros compañeros en el sacerdocio.

¿Qué es un Obispo? Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles, no en cuanto á su número, porque aquellos eran doce; no en cuanto á ser el fundador particular de su Silla, porque una Iglesia Catedral puede muy bien no tener un apóstol; no en cuanto á la jurisdiccion universal, porque cada uno no gobierna más que su diócesis: los Obispos suceden á los apóstoles por el poder del orden; y si no tienen como ellos la igualdad del poder efectivo, poseen ciertamente la semejanza de la dignidad y de la jurisdiccion.

(Continuará.)

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4.

Guadalajara, Enero 22 de 1883.

NUM. 2.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### SAN FRANCISCO DE ASIS.

#### CARTA ENCICLICA

DE N. TRO. SMO. PADRE EL PAPA LEON XII.

(Concluye.—Véase el núm. anterior.)

Ciertamente en la casa de Damian era voz sobrehumana la oída por Francisco, diciéndole: "Marcha, sosten mi casa vacilante." No es ménos digno de admiracion que esta aparicion celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la basílica de Letran. El objeto y el sentido de este prodigio, son manifiestos; significaba que Francisco debia en este tiempo ser firme apoyo y columna para la República cristiana; y con efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusie-

ron bajo su direccion fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto cambiarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, Francisco distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y otras partes de Europa para que allí llevasen el Evangelio; encargó tambien á algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente, pobres, ignorantes como eran, se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas: sin aparatos de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan á exhortar á los hombres al desprecio de las cosas terrenas y al pensamiento en la vida futura. Maravilla ver cuáles fueron los frutos de la empresa de estos obreros en apariencia humildes. Una multitud, ávida de oírles, corria en masa á ellos: poníanse entonces á llorar sus faltas, á olvidar las injurias y venir, por la tregua en las discordias, á sentimientos de paz.

No se puede creer con qué ar-

diente simpatía, que era casi la impetuosa, se llegaba la multitud á Francisco. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades más populosas los hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fué lo que obligó al santo patriarca á establecer la cofradía de la Orden Tercera, destinada á comprender todas las condiciones y edades de ambos sexos, sin que se rompiesen por ello los vínculos de la familia y de la sociedad. El la organizó sábiamente, menos con reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecerán duras á ningún cristiano. Sus reglas, en efecto, son: obedecer á los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas sino para defensa de la religión y de la patria; ser moderado en el comer y en el vivir; evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Se alcanza fácilmente qué inmensos servicios ha debido prestar una institución tan saludable por sí misma y por su oportunidad en los tiempos. Esta oportunidad está bastante demostrada por el establecimiento de asociaciones del mismo género en la familia dominicana y otras órdenes religiosas y por los hechos

mismos. En las más altas clases y en las más inferiores, hubo un apresuramiento general, un ardor generoso para afiliarse á quella órden de hermanos franciscanos. Entre todos solicitaron ese honor Luis IX, rey de Francia, é Isabel reina de Hungría; en los tiempos sucesivos se cuentan varios Papas, Cardenales, Obispos, reyes y príncipes, que no consideraron como indignas de su gerarquía, las insignias franciscanas.

Los asociados en la órden Tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la religión católica: si estas virtudes les valieron el odio de los malos, ellas les atrajeron, al menos, la estimación de los sabios y los buenos, única cosa que debe buscarse y la más honrosa de todas. Y aun nuestro predecesor Gregorio IX, habiendo alabado públicamente su valor y su fé, no vaciló en cubrirles con su autoridad y en llamarles honoríficamente "soldados de Cristo, nuevos Macabeos." Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporación de hombres que tomaban por guía las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen tanto como podían, á hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para apaciguar y aun extirpar las rivalidades de los partidos, arrancar las armas

de manos de los furiosos, hacer desaparecer las causas de litigios y disputas, procurar consuelos á la miseria y al abandono, y reprimir la lujuria, muerte de las fortunas é instrumento de corrupcion.

Tanto más, cuanto que el carácter de nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el influjo mismo de esta institución. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en nuestros dias, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por la corriente de los espíritus y por preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el placer. Enervados por el lujo, disipan su patrimonio y codician el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ello mucho más que la practican; les absorve el egoismo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente. En aquel tiempo, el error múltiple de los albigenses, excitando á las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, habia turbado el Estado, al propio tiempo que abria el camino á un *socialismo* cierto.

Lo mismo hoy, los fautores y propagadores del *naturalismo* se multiplican. Estos niegan que sea preciso estarse sometidos á la Iglesia, y por una consecuencia necesaria van hasta desconocer el mismo po-

der civil; aprueban la violencia y la sedición en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; y quebrantan los fundamentos del órden civil y doméstico.

En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, venerables hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas á su estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fé, la piedad, la honestidad de costumbres florecerian tambien; este apetito desordenado de cosas perecederas sería destruido, y no se cuidaria sino de reprimir las pasiones por la virtud, lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado é insoportable.

Unidos los hombres por los lazos de la fraternidad, amariánse entre sí; y tendrían para los pobres y los indigentes, que son la imagen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte, los que están penetrados de la religion cristiana, saben, con toda certeza, que es un deber de conciencia, obedecer á las autoridades legítimas.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservación del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de

los Estados, salen, como de una raíz, de la Orden Tercera de los Franciscanos, y Europa debe, en gran parte, á Francisco, la conservacion de esos bienes.

Sin embargo, más que ninguna otra nacion, Italia es deudora á Francisco: ella es la que ha tenido más parte en sus beneficios, como que ha sido primer teatro de sus virtudes. Y con efecto, en esa época en que la frecuencia de las iniquidades multiplicaba las luchas privadas, tendió siempre la mano al desgraciado ó al vencido: rico en el seno de la mayor pobreza, no cesó jamas de socorrer la miseria de otros, olvidando la suya. La lengua nacional, apenas reformada, resonó con gracia en sus labios; tradujo los suspiros del amor y de la poesía en cánticos que el pueblo aprendió y que no han parecido indignos de la posteridad literaria. Bajo la inspiracion de Francisco, un superior elevó el genio de nuestros compatriotas, y el arte de los más grandes artistas, se dedicó á representar por la pintura y la escultura, las acciones de su vida.

Aldighieri encontró en Francisco materia á sus cánticos sublimes y suaves á la vez; Cimabue y Giotto hallaron en él asuntos que inmortalizar con los colores de Parrhasius; ilustres arquitectos tuvieron ocasion de elevar admirables monumentos, tales como la tumba de *este pobre* y la Basílica de Santa María de los

Angeles, testigos de tan numerosos y grandes milagros. A estos santuarios vienen los hombres en tropel para venerar á este padre de los pobres de Asis, que despues de haberse despojado de todas las cosas humanas, han visto afflir á él en abundancia los dones de la divina bondad. Se ve que un raudal de beneficios ha proporcionado este solo hombre para la sociedad cristiana y civil; pero como su espíritu era plena y eminentemente cristiano y apropiado á todos los lugares y á todos los tiempos, nadie podría dudar que la institucion franciscana preste grandes servicios en nuestra época.

Nada es tan eficaz como esta disposicion del espíritu para extirpar todo género de vicio en su germen, la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad; cosas todas que constituyen los principios y elementos del *socialismo*. En fin, la cuestion de las relaciones del rico y del pobre que preocupan tanto á los economistas, sería perfectamente deslindada si á la pobreza no le falta dignidad; que el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo, pues que ni el uno ni el otro ha nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la liberalidad.

Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado de todo corazón, de-de hace mucho tiempo proponeros la imitacion de Francisco de Asis. Y porque Nos hemos tenido siempre un interes particular por la Orden Tercera de Franciscanos, hoy que Nos hemos sido llamados por la altísima bondad de Dios á este Soberano Pontificado, como se ofrece una ocasion oportuna de hacerlo, Nos os exhortarnos vivamente á los cristianos á que os hagais inscribir en esa santa milicia de Jesucristo. Se encuentra por todas partes un gran número de personas del uno y del otro sexo que marchan generosamente detras de los pasos del Padre Seráfico.

Nos aplaudimos y aprobamos vivamente su celo, deseando que su número aumente y se multiplique, gracias, sobre todo, á vuestros esfuerzos, venerables hermanos. El punto principal de nuestra recomendacion, es que los que se han inscrito en la órdenes de la *Penitencia* miren la imágen de su santo autor y se acerquen á él, sin lo cual no puede realizarse nada de lo que se desea. Esforzaos, pues, en hacer conocer y estimar en todo su valor la *Orden Tercera*; vigilad en esto todos los que tenéis el cargo de las almas, enseñando cuidadosamente lo que ella es, de cuán accesible es á cada uno, de qué privilegios goza para la salud de los espíritus y cuan-

ta utilidad particular y pública promete. Es menester hacer tanto ó más que los religiosos franciscanos de la otra Orden de fundacion primera que sufren en este momento por la indigna persecucion que les ha herido.

Quiera Dios que por la proteccion de su padre, salgan pronto de esta fuerte y tenaz tempestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos acudan en auxilio de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número, como acudieron en otra ocasion al pié del Santo Patriarca. Lo pedimos sobre todo y con más razon todavía, á los italianos, que la comunidad de patria y la abundancia particular de beneficios recibidos les obligan á mayor devocion por San Francisco y á mayor reconocimiento tambien.

Así sucederá que al cabo de siete siglos, Italia y el mundo cristiano entero se vean trasportados del desorden á la paz; de la peste á la fiesta, por la influencia bienhechora del Santo de Asis.

Pidamos esta gracia en una plegaria comun, y sobre todo en estos dias, á Francisco mismo; imploramos la de la Virgen María, Madre de Dios, que ha recompensado siempre la piedad y la fé de su servidor con su alta proteccion y especiales mercedes.

Mientras tanto, como prenda de los celestiales favores, y en testimo-